pandemonium y las primeras sombras del crepúsculo envolvian los últimos sacrificios del dolor. ¿Y qué hacia entre tanto el ángel de las tumbas?

.....

En la noche, por todas las calles de la ciudad, circulaban todavía á media noche los animados grupos de los afligidos, cantando y bebiendo.

El extranjero que, asomado á su ventana, hubiera presenciado este espectáculo, no habria podido menos que reasumir sus impresiones del dia, diciendo:

—¡Qué borracho es el pueblo de México y qué mala voz tiene!

1880

IX

Los Inmortales.

(2 de Noviembre de 1883).

A las nueve de la mañana, cerré el libro profundo y sereno de Pompeyo Gener * despues de haber leido aquellas palabras hijas de una ciencia reflexiva y fria. "¡Morir! no es solamente desaparecer; es algo mas, es haber existido, y suministrar elementos para que otros puedan existir despues de

* *La Mort et le Diable—Histoire et Philosophie de deux negations suprèmes—par Pompeyo Gener—Paris—Reinwald*—1880.

nosotros. ¿Qué hay, pues, en la muerte, de horrible? Normalmente, el individuo desaparece desde que ha cumplido su evolucion, desde que ha dado todo lo que podia dar, lo mismo que la molécula desaparece del organismo para ser reemplazada por otra desde que ha contribuido á una funcion; así pues: primero es nuestra vida, despues la vida de los otros, es decir todavía y siempre la vida. ¿A dónde está, pues, la muerte? ¿os afligís porque vendrá un dia en que dejareis de existir? Pero ¿habeis creido por ventura, séres limitados, que debíais ser eternos? El temor de la muerte no puede ser, por eso, mas que hijo de nuestro egoismo que nos impide reconocer lo que somos y lo que representamos en el seno de la naturaleza. El dolor de abandonar á las personas á quienes se ama, el de no haber podido llevar á cabo alguna obra comenzada, todo eso no tiene nada de comun con el horror de la muerte.

Pero ¿y el alma? se dirá.

Trataremos esta cuestion en los dos capítulos siguientes. En el primero, afirmaremos la unidad del ser humano, mostrando en qué consiste lo que se ha llamado su alma; veremos en el segundo su prolongacion, es decir, su accion que dura mas que el individuo, y demostraremos: que lo mismo que la naturaleza nos recoge en su seno átomo por átomo, la Humanidad nos recoge acto por acto é idea por idea, de suerte que nada se pierde ni en el mundo físico, ni en el mundo intelectual ó social."

Y despues estas otras palabras:

"Y ahora ¿se encontrará todavía álguien que pregunte, cuál es la inmortalidad reservada al hombre?

A su muerte, en el término de su existencia individual, el hombre encuentra la inmortalidad aquí abajo, en la tierra, en el seno mismo de la humanidad. Y la humanidad es quien recoge todas las acciones de su vida, lo mismo que la naturaleza recoge todos los átomos de su cuerpo. Nada de lo

que produce el hombre, nada de sus pensamientos, nada de sus ideas, nada tampoco de sus actos, se pierde. Así, la menor de las vibraciones viene á resolverse en el seno de la naturaleza. Cuando morimos, aunque nuestro cuerpo se descomponga, nos quedamos en la Humanidad en razon directa de nuestras obras que se propagan en la inmensa série de la impulsion humana. La idea, el acto, la tendencia, alcanzan á las generaciones futuras, así como las fluctuaciones del mar vienen á repercutirse en las riberas, como las vibraciones sonoras de un concierto llegan á herir nuestra vista por alejados que nos hallemos del foco....."

"La inmortalidad del alma, en tanto que se considere ésta como sustancia distinta del cuerpo, no ha sido mas que el resultado de la inteligencia primitiva de los hombres agobiados por el infortunio. La noble inmortalidad de la accion, es decir, la perpetuidad del sér entre sus descendientes, por sus ideas ó por sus actos, hé aquí la única inmortalidad verdaderamente positiva. Ser inmortal, es prolongar su existencia mas allá de la corta duracion del individuo; y la existencia, es decir, nuestro modo de ser, no se prolonga sino obrando de manera que nuestros sucesores sean nuestros deudores, que se sientan bajo el poder de nuestros actos y bajo la impresion de nuestra influencia póstuma.

"Aquel que ha vivido en comunion con sus semejantes, que se ha puesto en relacion con la naturaleza, que ha comprendido el gran órden moral y que ha llegado á la concepcion de la justicia, aquel que deja despues de él, hijos, obras ó discípulos, aquel que ha trabajado por la emancipacion de los espíritus, ese no muere. Su inmortalidad, por el contrario, es tal, que ninguna religion puede procurarle una semejante."

Despues de esta lectura y sin meterme á indagar lo que significa verdaderamente esta fiesta de los muertos, inspirada por otras ideas y mantenida por las costumbres; sim-

plemente, automáticamente, y dejándome arrastrar por la corriente humana que se dirige á los cementerios este dia para visitar las tumbas, fuí yo tambien á verlas, como podria haber ido, en un dia diverso, no con un objeto religioso, sino con un objeto puramente humano, indagador y reflexivo.

—Veremos, me dije, cómo se halla la inmortalidad, á juzgar por la revelacion de nuestros cementerios. Y corrí á los mas concurridos y á los mas lujosos. En ellos se apiñaba la gente; gente de todas las clases sociales, pero con especialidad de la clase rica, de la que gusta de exhibirse con sus trajes de moda, con sus alhajas, con sus escándalos de opulencia y de orgullo.

En esos cementerios hay, en efecto, un cierto gusto para revestir la idea lúgubre de la destruccion humana con los risueños atavíos de la vejetacion; árboles lozanos y pomposos, flores graciosas y aromáticas—césped mullido y espeso—la continuidad de la vida molecular en las grasas que abonan la

tierra, en la sávia que circula en las plantas, en el oxígeno que enriquece el aire respirable y en los carburos que ascienden en los rayos de luz, al influjo de la accion solar. ¡La química perpetuando la vida por todas partes!

Esto en cuanto al mundo físico, en cuanto al mundo de las ideas, allí hay muchos mármoles que revelan riqueza pecuniaria en los deudos de los difuntos, inscricpciones que acusan el dolor convencional de los herederos; monumemtos que honran.... el talento de los artistas; bustos que dan fama.... á los escultores; mosáicos que hacen hablar de Florencia y de Roma; tibores y jarrones de China, del Japon y de Sèvres, que hacen pensar en Sèvres, en el Japon y en China.... pero ni un momento en el muerto sepultado entre tantos primores.

Este muerto no tiene generalmente sino una inmortalidad molecular!

La gente pasa junto á esos monumentos, los contempla, los critica, lanza á veces un

epigrama parecido á los elogios de la letrilla de Pardo Aliaga; á veces ni eso, porque no conoce ni al rico, ni á sus deudos, se encoge de hombros y se pasa murmurando, no ya el viejo proverbio bíblico, sino una frase mas cruel:

—Estos ricos, dice, todo lo convierten en vanidad, hasta el dolor.

Despues de todo, me decia un amigo sério y positivista, si consideramos esta vanidad de los ricos desde un punto de vista puramente mercantil, encontrarémos que tiene su utilidad. Dá dinero á las canterías, dá trabajo á los arquitectos y escultores, produce derechos al fisco, desarrolla el gusto suntuario de los sepulcros; y ahora en este dia, vea usted, produce tambien un movimiento extraordinario en muchas ramas de la vida industrial; los jardineros ganan mucho con sus ramilletes, lo cual hace progresar el cultivo de las flores; los que labran cera, ganan con la venta de sus cirios, lo cual mantiene el cultivo de las colmenas,

que tiene tan pocas aplicaciones ya; los empresarios de ferrocarriles se llenan los bolsillos por mañana y tarde este dia, lo cual debia estimularlos á componer y mejorar sus vías; las modistas ven llegar el dia de muertos con alborozo, porque, aunque la visita á los panteones no es la causa principal de los estrenos de Noviembre, sí influye en mucho, pues el traje negro y nuevo es de rigor para mostrarse aquí.... y si sale usted de esta necrópolis del fausto y del orgullo y vé usted por ahí.... esos otros cementerios mas modestos, en que el pueblo humilde encierra en pobres sepulcros á sus muertos, verá usted ademas el movimiento comercial continuarse hasta en sus ondas mas remotas y extrañas; hasta el vicio. Hoy hay banquetes al aire libre, junto á los sepulcros, y estos banquetes son opíparos y consumen mayor cantidad de sustancias alimenticias; hoy, las calzadas que conducen á los cementerios están pobladas de figoneras, y el arte culinario callejero está de enhorabuena; hoy se riegan

las losas sepulcrales, mas bien que con lágrimas, con una catarata de pulque y de aguardiente. Todo eso es todavía y siempre, aunque en otra esfera, la inmortalidad molecular.

—Sí, contesté á mi amigo; es una inmortalidad bien triste, y mas triste aun, porque es la única para esos séres. Pero yo deseo encontrarme con algo que me haga pensar en la inmortalidad de las ideas, en la que pudiera llamarse la inmortalidad del alma, en algo que justifique este *culto de los muertos*, tan indignamente representado aquí.

—Si quiere usted representarse algo de esta teoría, muy buena por cierto, vaya usted al cementerio de san Fernando. Allí hay algunos inmortales de los que usted busca.

En efecto, me dirigí á san Fernando; pero ya al caer la tarde, y cuando las sombras obligaban á la gente á abandonar aquellas mansiones de la muerte y del lujo.

Habian dado las ocho, la hora de los sufragios católicos. Junto á algunas tumbas

los cirios chisporroteaban todavía, y los criados que cuidaban los candelabros de bronce y los adornos de luto, se inclinaban soñolientos, avinados y fastidiados, esperando la hora de salir.

El guardian del panteon sonó las llaves. Esa fue la señal de quitar esos arreos del dolor oficial y de abandonar á los muertos. Los criados y criadas recogian los crespones, las flores de trapo y las coronas de inmortales; apagaban los cirios y vaciaban los braserillos de perfumes en el suelo, no sin empinar el último trago de pulque en el jarro que sacaban de un maceton de flores. Movíanse disputas acá y acullá por la pèrdida de un moño de crespon ó por la posesion de un cabo de cirio, y aquella servidumbre, indiferente é irritada por el sol y el fastidio, se abandonaba á escenas de risa y de burla, semejantes ó peores que las de los sepultureros de Hamlet.

Por último, desfiló hasta el último criado; el guardian cerró el panteon, dieron las

once de la noche, el silencio y la sombra llenaron aquel recinto lúgubre é imponente, en el que solo se escuchaba el rumor de los árboles del jardin vecino, que mecía el frio viento de la noche.

Yo me habia quedado mas bien que intencionalmente, clavado por la curiosidad al pié de un sepulcro, cuya masa negra y sinuosa me ocultó de las miradas del guardian, que se retiró pronto á su domicilio. Cuando quise salir era tarde, y me resigné á meditar, en aquella hora y en aquel sitio, sobre los grandes misterios de la muerte, eterno tema de todas las filosofías, y de todas las religiones, fuente perenne de las preocupaciones humanas y espanto ó consuelo de las conciencias.

Entonces vinieron á mi memoria en confuso tropel todas las teorías y todos los dogmas, todas las historias y todas las leyendas, los cuentos de trasgos de mi niñez y las explicaciones de la alucinacion, de mis estudios juveniles; el espectro de César, la víspera de Filipos, las sombras de Banquo y del rey de Dinamarca en los dramas de Shakespeare, los espantajos de Ana Radcliff, las historias de aparecidos de Walter Scott, las visiones de Nataniel de los Cuentos de Hoffmann y sobre todo, la horrible *danza de los muertos* de Goethe.

Parecíame escuchar aquella estrofa espantosamente onomatópica:

"Nun hebt sich der Schenkel, nun wackelt das Bein,
Gebärden da giebt es vertrackte;
Dann klippert's und klappert's mitunter hinein,
Als schlüg' man die Hölzlein zum Tacte."

Ccreia ver los esqueletos de San Fernando, agitándose en esa danza frenética con un choque de huesos espeluznante.

Y con el cerebro exaltado y trastornado por tantos pensamientos é imaginaciones, con los cabellos erizados, como Hamlet á la aparicion de la sombra de su padre, azorado por aquel silencio de muerte, esperé alguna cosa extraordinaria y maravillosa.

Eran las doce, la hora de los fantasmas.

De súbito escuché un ruido extraño, como de losas que se abrian. Alcé la cara y ví, en efecto, la tumba de D. Melchor Ocampo abierta, y al pié del muro sepulcral, á un hombre vestido de negro, densamente pálido, con la frente ensangrentada y con los ojos sombríos.

Sí, era D. Melchor; la misma figura severa y magestuosa, los cabellos alzados sobre la frente, la sonrisa bondadosa y poética, sonrisa de sábio, de apóstol y de mártir.

Me acerqué, fascinado, atraido por aquella mirada magnética de aparecido.

—¡Qué triste farsa, me dijo con voz sorda, la del dia de muertos! De todas las mascaradas, esta es la mas repugnante, porque es la mas hipócrita. Ni culto, ni dolor, ni recuerdo, ni nada. Costumbre inútil, tradicion de rutina estúpida. La religion la fundó en pró de sus intereses, y la vanidad se aprovecha de ella para fines grotescos.....

Vámonos de aquí; ven, dijo, llamándome

al lado occidental del panteon; allí están todos los muertos de la política de tu época, todas las víctimas de las pasiones de partido, todos los *inmortales* en la *humanidad*, que ha matado la *humanidad* ántes de tiempo.

En efecto, allí estaban Guerrero, el gran patriota á quien mató el partido conservador *viejo;* allí se juntó Ocampo con Degollado y con Valle, con Arteaga, Salazar, Diaz y Villagomez, á quienes mató el partido conservador *jóven;* allí estaban Miramon y Mejía á quienes mató Juarez, y allí estaba Juarez á quien mató la Fatalidad, que como la antigua Divinidad griega, mata ántes de tiempo á los que matan. Allí estaba por último Zaragoza, á quien mataron los trabajos de la Pátria, todos pálidos, todos tristes y mudos, todos impreso en el semblante un gesto de bondad y de desden.

Todos se agrupaban en torno de Guerrero que los dominaba por su talla y por su noble apostura.

—Este es el primero, dijo Ocampo, se-

ñalándolo; ántes que Juarez, porque primero es crear la Pátria y despues conservarla, como tiene mas mérito el que funda el capital, que el que lo mantiene.

Hablaban estos espectros familiarmente y departian sobre *el culto de los muertos.*

—Lo sensible es, añadió Ocampo, que la conversacion de estos muertos, de nosotros, tenga que versar sobre un tema diverso de aquel que acabas de estudiar en tu libro. Este trata de la muerte natural, de la ley ineludible de todo lo que vive en la tierra. Pero nosotros, los *inmortales*, á quienes buscas, hablamos de la muerte violenta, de la muerte no prescrita por la naturaleza, sino ordenada por las pasiones del rencor y de la venganza de los hombres, de nuestros hermanos, muerte que como valladar para el progreso de las ideas fué inútil, como venganza fué vulgar.... como precaucion fué tardía.

Las ideas han marchado ó han retrocedido á pesar de la muerte de unos y otros, porque las ideas no se decapitan con los

hombres. La ley moral tiene una segur que nunca toca ni las hojas verdes, ni los frutos en agraz. Es inútil emprender un trabajo contrario al de la ley moral.

Hoy todos están reunidos aquí en paz, los que se degollaron en vida; y la corriente de las ideas no esperó á que murieran, ni se ha detenido ante su cadáver para fecundar el mundo. La sangre es inútil y solo ha debilitado á la Pátria.

—¿Y el poder y la ambicion? me atreví á preguntar yo.

—¡El poder! ¡la ambicion! contestó Ocampo; ¿qué es el poder ante esta gran niveladora que se llama la Muerte.... ¿no te acuerdas?

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar á la mar,
Que es el morir.....
Allá van los señoríos
Derechos á se acabar
E consumir.....

Pregúntaselo á Guerrero, á Miramon á Juarez, tres presidentes muy adulados en su tiempo, muy olvidados hoy, á pesar de la inmortalidad.

X

La fiesta de Guadalupe.

Hoy se celebra una gran fiesta en la capital de la República, una de las mayores fiestas del catolicismo mexicano, la primera seguramente por su popularidad, por su universalidad,, puesto que en ella toman parte igualmente los indios que *la gente de razón*, Juan Diego y D. Quijote, Martin Garatuza y Guzman de Alfarache. Todos se entusiasman del mismo modo; todos poseidos de una